

LA CIENCIA Y EL ARTE DE LOS JARDINES BOTÁNICOS

Joaquín Araújo

Con silenciosa eficacia y con clamorosa aceptación pública, nuestros jardines botánicos se están convirtiendo en pilares básicos de la sensatez. Es más, puede afirmarse que la mayoría pueden ser calificados e identificados como piezas clave para el lanzamiento y consolidación de una sociedad sostenible.

Ciertamente les conviene aquella justa apreciación de Edgar Allan Poe que calificó a los jardineros como los mejores y más intensos artistas de este mundo. Algo que mana, por supuesto, de trabajar con las fuerzas creativas de la propia Naturaleza. Que la materia prima de un arte sean las plantas, pone en manos de los jardineros uno de los elementos más sensibles de este planeta. Pero como no hay ética sin estética, conviene recordar que la belleza original de las plantas deviene un saber crucial y un proyecto insoslayable. Porque de domesticadores y cuidadores de la vegetación manaron sus conocedores, esos pacientes investigadores de la vida y de las propiedades de las plantas, de las que ha dependido y depende la Humanidad. O lo que es lo mismo, los botánicos resultan cruciales para el mantenimiento, desarrollo y la salud de la Humanidad.

Sabiduría que en no poca medida se alberga desde el mismo instante de su creación en los jardines botánicos. Recordemos, como ejemplo, que el primero, el capitalino y real, comenzó su formidable trayectoria en 1781 con lo que destaca como la primera institución científica consolidada de la historia de nuestro país.

Entre las actividades que están llevando a cabo estas instituciones destacan las siguientes.

La investigación –tan invisible como callada– sigue siendo raíz y por supuesto sostén de todas las demás. La divulgación y sensibilización crean el puente necesario, es decir, un servicio público abierto a todos y que cada día incrementa sus propuestas, formatos y creatividad.

Ya resultan diarias no solo las visitas guiadas de grupos –sobre todo de escolares– sino también las conferencias, sesiones de cine, presentación de libros, programas de radio y televisión, las exposiciones e incluso actos de carácter más convencionalmente cultural como conciertos, recitales, lecturas, tribunales de tesis, infinidad de congresos y celebración de efemérides. Todo ello a menudo en estrecha colaboración con sociedades de amigos de la institución con lo que, todavía queda más abierta la relación con la sociedad en general.

No puede ocultarse que Jardines Botánicos como el de Madrid vienen animando –desde hace más de 25 años– un considerable panorama de actividades muy comprometidas con la conservación de la Naturaleza. De hecho, ahora mismo es la sede permanente de los encuentros del Observatorio Español de la Sostenibilidad, que se celebran mensualmente. En este sentido pueden y deben ser considerados como auténticos dinamizadores culturales a la misma altura que otros centros museísticos o educativos.

Por si todo ello fuera poco, desde hace un par de décadas, varios de los botánicos españoles se incorporan a la prometida pelea por la conservación de la multiplicidad vital. Promueven estudios en los espacios protegidos; mantienen bancos de germoplasma; asesoran al mundo agrario y forestal y muy especialmente a las autoridades municipales encargadas de los parques, jardines y arbolado urbano.

Todo este vasto y esperanzador panorama se está consolidando a través de una considerable trama: una red iberoamericana, que tan solo en nuestro país, incluye a 16 jardines botánicos de varias autonomías.

Como hay varios más en construcción parece, tan obvia como obligada, la consideración de que los botánicos mantienen por completo activa la vocación de los árboles: la de sustentar a la vida.

Por tanto unos y otros nos regalan la bella coherencia de la reciprocidad. 